

La Remuneración de la Madre

“Lleva a este niño y críamelo, y yo te lo pagaré.” Éxodo 2:9



Aunque sea cierto que pocas madres trabajan por recibir sueldo, de todas maneras una voz más digna de creerse que la voz de la hija de Faraón, promete una recompensa más segura que ella ofreció cuando entregó a Jocabed al niño que ella había encontrado en la arquilla entre el carrizal.

“Yo te lo pagaré”, es lo que Dios dice a cada madre a quien él encarga la instrucción de un niño en su carrera. Ella no tiene que esperar el fin de sus servicios para recibir

su pago. Frecuentemente ella recibe alguna remuneración pero no siempre en la misma forma y muchas veces la recibe cuando menos la espera. A otras personas estos abonos les parecen cosa insignificante pero a la madre no lo son: su corazón de amor multiplica el tamaño de la remuneración.

Si la madre nos contara del gozo que recibió al tomar en sus brazos por primera vez su pequeñito bebé o del gozo que inundó su corazón al ver la primera sonrisa de su hijo, entenderíamos algo de lo que estamos hablando. ¡Y cuál era la recompensa que ella recibió la primera vez cuando de los labios del pequeño salió la palabra, “Mamá!”

Viene otro día. Tal vez sea un día de grande trabajo y preocupación, pero al caer la noche viene una dulce remuneración para la madre. Por primera vez el niño, hincado a su rodilla, repite las palabras de su primera dulce oración infantil. ¡Cuán dulces son los días de la infancia para la madre! Ninguna madre jamás se olvida de ellos. Pero muy pronto se termina la época de la infancia. En un día no muy lejano, el niño sale corriendo para principiar sus clases en la escuela. ¡Qué día más largo para la madre! Y en realidad ese día es nada más que el principio de muchos largos días. Otras personas ya se prestan para ayudar en la educación de su hijo. Y puede ser que las recompensas para la madre vienen con menos frecuencia. Sin embargo se presentan y eso de muchas formas diferentes. Sería

imposible contarlas todas tal como suceden año tras año, mientras la madre con alegría contempla el desarrollo de su hijo como la apertura del botón de la bella rosa. Solamente la madre puede conocer el valor de la remuneración que recibe por todo su trabajo y amor.

Hay una recompensa que sobrepasa a todas las demás. Es la remuneración que recibe cuando conduce a su hijo, sea joven o grande, a aceptar como su propio salvador a Cristo a quien ella ama. En realidad esa es la verdadera misión de su vida. Para su cumplimiento, ella ha orado mientras atendía las necesidades materiales de su hijo. Ciertamente toda madre se regocija al ver triunfos en la vida de su hijo pero la madre cristiana no se satisface con promociones en el trabajo, aumento en el sueldo, prosperidad, y nuevos títulos. Ella ansia ver evidencias de que el niño que Dios le entregó para instruir en su carrera, se está entregando de una vez al Maestro.

Viene también la época en que la madre no tiene más necesidad de trabajar por sus hijos; sin embargo su remuneración sigue. Sus recompensas son de otra naturaleza ahora. Puede ser que sea una carta, una tarjeta, una visita o una palabra cariñosa que muestra que sus hijos todavía la quieren.

Vienen otras recompensas pero ciertamente demasiado tarde, recompensas que a ella le correspondían, pero ella ya “ha ido a casa”. De alguna manera, la madre, aún muerta, sigue viviendo en los corazones de sus hijos. Gitano Smith dijo en cierta ocasión: “La muerte de mi madre dejó una herida en mi corazón que hasta el día de hoy todavía no se ha sanado, y a pesar de que ya tengo más de los cuarenta años, frecuentemente mi alma quisiera ver de nuevo a mi madre”. Grover Cleveland dijo a su hermano el día en que fue electo gobernador de Nueva York: “Soy muy sincero en mis propósitos de servir bien al estado pero la cuestión es; ¿Sé lo suficiente para hacerlo? Si mi madre existiese, todavía yo me sentiría más seguro. Siempre he creído que sus oraciones han tenido mucho que ver con mis éxitos”.

Mientras viva la madre, ella siempre está recibiendo parte de su remuneración. Pero la recompensa mayor viene con la puesta del sol en su vida. Cuando ella haya orado por última vez y ha dicho el último adiós, oye a su Maestro decir: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel; sobre el mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor”, este será la verdadera remuneración de la madre.

Teodoro Roosevelt dijo: “La madre es la verdadera riqueza de la nación: vale más que el estadista exitoso, o el hombre de negocio, o el artista o el científico. Ninguna nación puede prosperar sin la vida loable de hogares de alta clase”. La remuneración de la madre pues, consiste en el gozo que le viene por haber enseñado a su hijo a servir en la casa, en la comunidad, en la patria y en el reino de Dios.